

Relaciones entre estilos educativos, temperamento y ajuste social en la infancia: Una revisión

Ester Ato Lozano^{1*}, M^a Dolores Galián Conesa² y Elisa Huéscar Hernández¹

¹Universidad de Murcia (España), ²Universidad Miguel Hernández (Elche, España)

Resumen: Este trabajo tiene como objetivo revisar teóricamente las principales variables que afectan al desarrollo social del niño. Tradicionalmente se ha abordado el estudio del ajuste social del niño desde la influencia unidireccional que ejerce el padre como agente socializador del niño. No obstante, este planteamiento generó un gran número de críticas por su excesiva rigidez, dado que otras variables parecen estar participando en el resultado final del ajuste, principalmente el temperamento. Desde los modelos de efectos principales se ha considerado la contribución independiente de los estilos de crianza y el temperamento sobre el ajuste social posterior, pero estos modelos se han visto insuficientes para explicar la compleja relación entre estas variables. Por esta razón, se han considerado los modelos interactivos como los más adecuados en la explicación de la asociación entre estilo de crianza, temperamento y ajuste. Desde estos modelos se ha concluido que los estilos de crianza intervienen sobre el ajuste social de forma diferente en función de las características temperamentales mostradas por el niño.

Palabras clave: Temperamento; estilos educativos paternos; ajuste; infancia.

Title: Relations between parenting styles, temperament and social adjustment in childhood: A review.

Abstract: The objective of this work is to review theoretically the main variables that are affecting child social development. Traditionally, social adjustment study has relied upon unidirectional influence that the parents have as socialization agents. However, this position has generated several criticisms about its severe inflexibility, because other variables seem to participate in adjustment outcomes, such as temperament. Main effects models have considered the independent contributions of parenting and temperament on posterior social adjustment, but these models are considered insufficient to explain the complex relationship between these variables. For this reason, interactive models have been considered the optimal ones to explain the association between parenting, temperament and adjustment. From the perspective of interactive models it has been concluded that parenting is taking part in social adjustment in a different way depending on temperamental characteristics showed by the infant.

Key words: Temperament; parenting styles; adjustment; infancy.

El ajuste social de los niños a su entorno familiar y escolar es una cuestión que preocupa hoy día a padres, maestros, instituciones educativas, así como a la opinión pública en general. Los recientes casos de violencia en la escuela y el malestar generado entre los profesionales de la educación por la aparente falta de motivación y de disciplina en los alumnos, están despertando de nuevo el interés por averiguar qué procesos llevan a un determinado niño a desarrollar conductas de inadaptación en su entorno social.

Desde diferentes modelos de desarrollo (ej. Buss y Plomin, 1984; Bronfenbrenner y Morris, 1998) el ajuste de una persona a su entorno es consecuencia de la interacción de un conjunto de variables orgánicas y ambientales. En concreto, el concepto de bondad de ajuste de Thomas y Chess (1977) proporciona un marco útil para comprender los mecanismos por los que ciertas características personales, en interacción con factores ambientales, pueden conducir a diferentes formas de funcionamiento social. Así, se produce *bondad de ajuste* cuando el temperamento de una persona y otras características, como la motivación, nivel intelectual, y otras habilidades, son adecuadas para hacer frente a las sucesivas demandas, expectativas y oportunidades del ambiente, lo cual conduce a un desarrollo óptimo. En el caso en el que el individuo no pueda enfrentarse con éxito a los retos de su ambiente se produce lo que denominamos *pobreza de ajuste*. Esto conduce al sujeto a un funcionamiento desadaptativo en su entorno y a un desarrollo probablemente distorsionado.

En el ajuste social de los individuos a su entorno participan tanto variables de origen orgánico como ambiental. Dentro de las influencias ambientales, se ha propuesto que el cambio en las pautas educativas puede estar relacionado con la aparente crisis de autoridad de padres y maestros. De entre los cambios acontecidos a la familia en las últimas generaciones, hemos observado cómo muchos padres que fueron educados de una forma eminentemente autoritaria, han pasado a adoptar estilos educativos más permisivos, atribuyendo además a sus hijos un papel central en la familia (Rice, 2000). Esta disciplina permisiva habría dado lugar a niños consentidos, con problemas para respetar las normas establecidas.

Esta interpretación está en consonancia con el modelo tradicional vigente en los 70 y los 80, el cual planteaba la hipótesis de que diferentes estilos educativos repercutirían de distinta forma sobre la autoestima y el autoconcepto del niño, dando lugar o *causando* distintas formas de adaptación social (Frick, 1994; Maccoby y Martin, 1983). Este modelo ha generado una larga tradición de estudio, donde determinadas conductas de los padres tales como el bajo nivel de supervisión o control, se han asociado de forma repetida al comportamiento antisocial de los hijos (Baumrind, 1979; Maccoby y Martin, 1983; Patterson, Reid y Dishion, 1984).

Por otro lado, los problemas de adaptación social podrían ser debidos a las características del propio individuo más que a fuentes ambientales. En este sentido, aunque las diferencias individuales en temperamento se han considerado como normales, incluso en aquellas personas que puntúan en los extremos de determinadas dimensiones temperamentales (Rothbart y Bates, 1998), existe un cuerpo de investigación coherente que constata que determinadas características de temperamento, en especial una alta emocionalidad nega-

* Dirección para correspondencia [Correspondence address]: Ester Ato Lozano. Dpto. Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. Universidad de Murcia. Campus de Espinardo. 30100 Murcia (España). E-mail: esterato@um.es

tiva y una baja autorregulación, se han asociado a una peor competencia social en niños de diferentes edades (v.g. Bermejo, González y Ruiz, 2000; Eisenberg, Fabes, Guthrie y Reiser, 2000; Rothbart y Jones, 1998).

Sin embargo, ¿un niño con una alta emocionalidad negativa desarrollará necesariamente inadaptación social?, y por otro lado ¿un estilo permisivo llevará siempre a problemas de control en los niños? Estas cuestiones abren la posibilidad de que una determinada influencia negativa no provoque necesariamente efectos perniciosos en todos los niños. Planteado de esta manera, ni el temperamento ni los estilos educativos de los padres se consideran la *causa* de un determinado patrón de comportamiento en los hijos, sino más bien un *factor de riesgo* (o de protección) de determinadas consecuencias evolutivas. Los riesgos no siempre producen resultados negativos. Así por ejemplo, algunas familias donde los padres ejercen un bajo grado de supervisión, tienen hijos que *no* presentan conductas antisociales. En un análisis causal, este hallazgo llevaría a rechazar la hipótesis de que la conducta de los padres está directamente vinculada con la conducta de los hijos. Por el contrario, en los modelos de riesgo, las “excepciones” nos informan de vías fructíferas para la futura investigación porque revelan potenciales factores protectores que reducen las consecuencias negativas a *pesar* de la presencia de riesgo (Cowan, Powel y Cowan, 1998).

Siguiendo en esta línea, al investigar la influencia de las pautas educativas y el temperamento sobre la adaptación social en los niños, no sólo se habrán de tener en cuenta los efectos principales de ambas variables por separado, sino también los efectos de interacción. Así por ejemplo, se ha podido constatar que los niños con una alta resistencia a cumplir las normas tienen tendencia a presentar problemas de conducta. Sin embargo, si los padres ejercen una disciplina con un alto grado de control (no punitivo), la probabilidad de desarrollar conductas disruptivas en estos niños es menor (Bates, Pettit, Dodge y Ridge, 1998). En este caso, el temperamento ha actuado como un factor de riesgo, mientras que la disciplina de los padres ha sido un factor de protección. Por el contrario, se ha encontrado que un estilo permisivo, con escasas conductas de control y supervisión (no negligente) se ha asociado con un peor ajuste social posterior en los niños, a excepción de niños con una alta tendencia al miedo, que parecen beneficiarse de este estilo educativo más que el resto. En este caso el estilo educativo habría actuado como factor de riesgo, mientras que el temperamento del niño lo habría protegido de los potenciales efectos perniciosos de éste.

El objetivo del presente trabajo es hacer una revisión sobre la literatura que vincula las pautas educativas de los padres y el temperamento de los niños, con su funcionamiento social posterior, teniendo en cuenta tanto los efectos directos de ambas variables por separado, como los de interacción.

Somos conscientes de que la adaptación de los niños a su entorno social es un proceso complejo donde intervienen

una variedad de factores en continuo cambio, tanto de origen organísmico como ambiental. Adoptando un *modelo bio-evolutivo* del desarrollo (Bronfenbrenner y Morris, 1998), pautas educativas y temperamento se comprenden como parte de un sistema dinámico donde entran en juego también una multitud de factores de índole diferente tales como el género o la inteligencia de los niños, la personalidad de los padres, el nivel socio-económico de las familias, o las condiciones de vida dadas por el lugar geográfico y el momento histórico dado.

1. Influencia de las pautas educativas y el temperamento sobre el ajuste social en la infancia: modelos de efectos principales

La investigación que ha vinculado tradicionalmente pautas educativas y temperamento con ajuste social se ha basado en el análisis de estas conductas a través de modelos de “efectos principales” (Maccoby, 1980b; Sanson y Rothbart, 1995; Wachs, 1991). Según estos modelos, la socialización (pautas educativas) o la predisposición biológica (temperamento) pronostican directamente el grado de adaptación social posterior. Veamos los hallazgos fundamentales aportados por estos modelos.

1.1. Influencia de las pautas educativas sobre el ajuste social

El estudio contemporáneo sobre las pautas educativas está ampliamente influido por el trabajo pionero de Diana Baumrind (1967, 1971). Esta autora comenzó un estudio con 100 niños norteamericanos de clase media, de edad preescolar. Investigó la conducta de los niños y los padres en interacción, tanto en situaciones estructuradas como naturales. Sobre la base de sus observaciones, identificó tres estilos básicos: (1) el *estilo autoritario* caracterizaba a padres que imponían sus normas sin lugar a la discusión, castigaban severamente las conductas inadecuadas, eran muy exigentes en cuanto a la madurez de sus hijos y dejaban escaso margen para la comunicación y la expresión de afecto. (2) Los padres *permissivos*, en el otro extremo, exigían poco a sus hijos tanto en cumplimiento de normas como en madurez, y en cambio eran muy afectuosos y tenían un gran nivel de comunicación con ellos. (3) Finalmente, los padres *democráticos*, estimulaban la madurez de sus hijos, ponían límites y hacían respetar las normas, pero eran comprensivos, afectuosos y fomentaban la comunicación con sus hijos.

El seguimiento de estas y otras familias a lo largo del tiempo llevó a la conclusión de que los hijos de padres autoritarios eran obedientes y pasivos, con tendencia a sentirse culpables y deprimidos. Los hijos de padres permisivos eran exigentes y carecían de autocontrol, mientras que los hijos de padres democráticos estaban felices consigo mismos y eran generosos con los demás (citado en Berger, 2004). Otros estudios han seguido identificado el estilo democrático

co como el que conlleva mejores consecuencias para el desarrollo de los niños en una variedad de ámbitos, incluyendo la competencia social, la autoestima, la autonomía y la responsabilidad, la autorregulación, y el desarrollo moral (Lamborn, Mounts, Steinberg y Dornbusch, 1991; MacCoby y Martin, 1983, citado en Ceballos y Rodrigo, 1998).

A pesar el impacto de estos primeros estudios sobre estilos educativos, actualmente ya no se utilizan estas etiquetas para caracterizar los distintos patrones educativos. En lugar de dividir a los padres en categorías cualitativamente diferentes, ahora se caracteriza el comportamiento de éstos en virtud de su puntuación en una serie de dimensiones que se consideran continuas. Aunque estas dimensiones han sido denominadas con multitud de términos diferentes, las dos fundamentales son las representadas por MacCoby y Martin (1983): (1) por un lado el *afecto*, que incluiría conductas que transmitirían aceptación, afecto positivo, sensibilidad y responsividad hacia el niño, y (2) por otro el *control*, que incluiría conductas tales como implicación, disciplina y supervisión.

Aunque la operacionalización de estas variables varía considerablemente a través de diversos estudios, los resultados generales coinciden en el tipo de influencia que ejercen sobre el ajuste posterior. Así, un estilo de crianza alto en afecto pronostica tanto en la infancia, como en la edad escolar y adolescencia, un apego seguro, una menor probabilidad de manifestar problemas de conducta, mejores relaciones con los iguales y mayores habilidades prosociales (Ainsworth, Blehar, Waters y Wall, 1978; Baumrind, 1979; Sroufe, 1985). En la misma línea, la sensibilidad de los padres se ha visto asociada con mayores expresiones de emocionalidad positiva en los niños (Belsky, Fish e Isabella, 1991; Malatesta y Haviland, 1982).

Por otro lado, diversos estudios han concluido que tanto una ausencia de control como una excesiva supervisión y protección de los niños pueden dar lugar a conductas disruptivas en distintos períodos evolutivos (Egeland y Sroufe, 1981; Maccoby, 1980b; Wachs, 1991). En concreto, el uso del castigo en los padres se ha asociado a una mayor expresión de afecto negativo, y a mayor frecuencia de conductas externalizantes en los hijos, (Bates et al, 1998). Además, si las madres utilizan formas autónomas de tranquilizar a sus hijos (como por ejemplo, la distracción atencional), éstos también utilizan dichas estrategias como formas de autorregulación emocional, lo cual a su vez les conduce a una más eficaz regulación de su reactividad negativa (Ato, Carranza, González y Galián, 2005; Grolnick, Bridges y Connell, 1996; Grolnick, Kurowski y McMenemy, 1998).

Estos estudios asumen que los patrones educativos de los padres producirán determinadas consecuencias evolutivas para el ajuste socio-emocional de sus hijos. Sin embargo, hay que hacer notar que dichos estudios son de naturaleza correlacional, por lo que no se puede afirmar que la dirección de los efectos es desde los padres hacia los hijos, y no al revés. De hecho, desde nuevos modelos sistémicos de la familia (*v.g.*, Cowan, Powel y Cowan, 1998), se contempla que las relaciones padre-hijo son bidireccionales, otorgándo-

se al hijo un papel activo en su propio proceso de desarrollo. Desde este nuevo punto de vista, se considera que la elección de una determinada estrategia educativa por parte del progenitor está en función de variables personales del padre, pero también de variables del hijo, como su edad, o su temperamento, así como de otras variables dadas por la propia situación, tales como el escenario (en público o en privado), las personas presentes en la escena, la atribución de motivos, así como la propia emoción suscitada en los padres (Ceballos y Rodrigo, 1998).

1.2. La influencia del temperamento sobre el ajuste social

El temperamento se ha conceptualizado como diferencias individuales de origen constitucional en las tendencias a expresar y experimentar las emociones y el arousal (*Reactividad*), así como en la capacidad para autorregular la expresión de tales tendencias (*Autorregulación*). Tanto la reactividad como la autorregulación están influidas a lo largo del tiempo por la herencia, la maduración y la experiencia (Rothbart y Derryberry, 1981).

Aunque el temperamento se considera un aspecto normal de la personalidad, incluso para aquellos individuos que puntúan en los extremos de las dimensiones temperamentales, determinadas características en la infancia se han visto asociadas con una variedad de problemas conductuales y emocionales en períodos posteriores.

Los primeros datos provienen de los estudios NYLS, donde los niños que fueron diagnosticados como *difíciles* por su alto nivel de actividad, pobre adaptabilidad y baja regulación emocional, tendieron a exhibir problemas de conducta en la edad preescolar (Thomas y Chess, 1977). Posteriormente Bates (1987), ahondando en el concepto de temperamento difícil, averiguó que diferentes formas de irritabilidad en la infancia podían conducir a diferentes problemas conductuales en la interacción madre-hijo en los años preescolares y escolares. Los niños con alto miedo tendían a mostrar problemas internalizantes tales como depresión o ansiedad, mientras que los niños con una alta ira tendían a manifestar problemas externalizantes tales como agresión o conductas disruptivas. Más recientemente, Rothbart y colaboradores (2001) han identificado algunas dimensiones temperamentales como los precursores de algunas patologías en el período de la niñez. Así, una baja autorregulación y una alta emocionalidad negativa se han visto asociadas con la hiperactividad y los problemas atencionales. Las tendencias agresivas se han asociado también con una baja autorregulación y una alta extraversión, y el síndrome depresivo se ha relacionado con una alta tristeza, miedo, malestar, y bajas puntuaciones en placer de alta intensidad (Rothbart, Ahadi, Hershey y Fisher, 2001).

Las características temperamentales pueden tener incluso una influencia a largo plazo sobre el ajuste socio-emocional, tal como demuestra el trabajo de Caspi (2000). En dicho trabajo, los experimentadores administraron una batería de

tareas evolutivas a niños de 3 años de edad. A partir del comportamiento en dichas tareas, identificaron un conjunto de niños diagnosticados como *inhibidos* –esto es, cautos socialmente, miedosos, con tendencia a encontrarse incómodos ante la presencia de extraños-, mientras que otro conjunto de niños fue diagnosticado como *bajo control* –caracterizados como impulsivos, inquietos, negativos, con tendencia a distraerse y emocionalmente lábiles-. A la edad de 21 años, los niños inhibidos mostraron un pobre apoyo social (tal como fue medido por un autoinforme que informaba de amigos disponibles para consejo, compañía, apoyo material y emocional), mientras que los bajo control mostraron además relaciones de pareja insatisfactorias.

En ocasiones el temperamento puede tener un vínculo indirecto con el ajuste socio-emocional. Desde esta perspectiva, el temperamento podría modular la conducta mostrada por los padres, lo que a su vez influiría sobre el ajuste del niño. Son muchos los estudios que han corroborado esta hipótesis. Se ha observado, por ejemplo, que el temperamento “difícil” se ha asociado con respuestas menos responsivas y estimulantes por parte del cuidador (Crockenberg y Acredolo, 1983; Linn y Horowitz, 1983). Un temperamento “difícil” se ha asociado a su vez a un peor rendimiento en el trabajo por parte de los padres (Hyde, Else-Quest, Goldsmith y Biesanz, 2004). Además, numerosos estudios han encontrado que la emocionalidad negativa del niño es capaz de pronosticar un gran número de conductas maternas como la responsividad, guía, control, implicación, interacción social e interacciones conflictivas (Bates, Petit y Dodge, 1995; Crockenberg y Acredolo, 1983; Linn y Horowitz, 1983; Maccoby, Snow y Jacklin, 1984; van den Boom, 1989). En definitiva, estos trabajos concluyen que un patrón de temperamento negativo o “difícil” se ha relacionado con un estilo de crianza menos eficaz (Lengua, Kovacks, 2005). No obstante, en contra de los resultados que describen conductas evitativas de los padres de niños “difíciles” o irritables, existen estudios que afirman que los padres invierten más tiempo y esfuerzos positivos con los niños irritables y demandantes (Sanson, Hemphill y Smart, 2004). En este sentido, Sanson y Rothbart (1995) argumentaron que la edad del niño y las características paternas eran factores determinantes a la hora de pronosticar una mayor o menor crianza positiva hacia los niños “difíciles”.

En definitiva, los estudios revisados hasta ahora explican el ajuste desde modelos de influencia unidireccional, denominados de “efectos principales”, donde sólo se incluye la mutua asociación entre estas variables desde asunciones unidireccionales. Sin embargo, y a pesar de la multitud de estudios que han corroborado esta vía de influencia, el modelo de “efectos principales” se considera obsoleto en la actualidad. Se hace necesario, por tanto, el estudio del ajuste desde la perspectiva de la mutua influencia y bidireccionalidad entre el estilo educativo o de crianza y el temperamento (Gallagher, 2002).

2. La influencia bidireccional de patrones educativos y temperamento sobre el ajuste social

Los modelos interactivos plantean la búsqueda de un efecto no lineal que va más allá de la suma de los efectos de dos o más variables principales (Baron y Kenny, 1986). Desde esta perspectiva, existen aún pocos estudios que contemplen las relaciones entre estilo educativo, temperamento y ajuste de esta forma tan compleja. Aunque estos efectos multiplicativos han sido postulados teóricamente en multitud de estudios, no han sido suficientemente probados a nivel empírico (Sanson, Hemphill y Smart, 2004).

Uno de los estudios más representativos sobre los efectos interactivos de estas variables ha sido el de Kochanska (1995) sobre el desarrollo de la conciencia en los niños de edad preescolar. Esta autora encontró una interacción entre el miedo mostrado por los niños y la naturaleza de las relaciones con sus madres en el pronóstico de la variable “conciencia”, definiendo ésta como la internalización de las normas e integrando en este concepto factores de tipo afectivo, cognitivo y motivacional. En concreto, los signos de conciencia en los niños con alto miedo eran más probablemente pronosticados por un estilo educativo que ella denominó de “disciplina suave”, que aquellos cuyas madres mostraron un estilo de “disciplina severa”. En este sentido la disciplina “suave” promovería el desarrollo de autocontrol en los niños miedosos manteniendo bajos sus niveles de ansiedad. Por el contrario, en el caso de los niños no miedosos la internalización de las conductas de autocontrol fue pronosticada por una adecuada relación de apego, y no por el tipo de disciplina mostrada por la madre. En los niños no miedosos un tipo de disciplina “suave” resulta inefectiva pues no provoca los niveles mínimos de miedo necesarios para interiorizar las normas. Estos resultados fueron replicados en años sucesivos (Kochanska, 1997). Estos estudios demostrarían la interacción de los estilos educativos y el temperamento y su influencia sobre conductas de ajuste social, como la conciencia.

En relación al período de la infancia y edad preescolar, una de las medidas más utilizadas para medir el ajuste del niño ha sido el tipo de relación de apego que mantiene con la madre. En este sentido, los hallazgos que vinculan el apego con el ajuste posterior indican que una relación de apego seguro entre el cuidador y el niño pronostica el ajuste positivo en la infancia (Rutter, 1997). En un estudio longitudinal de 66 niños y sus madres se analizaron las variables de estilos de crianza, temperamento y seguridad de apego (Mangelsdorf, Gunnar, Kestenbaum, Lang y Andreas, 1990). Ni el temperamento del niño ni el comportamiento de la madre pronosticaron la expresividad emocional posterior o seguridad del apego en el niño. Sin embargo, la represión materna, un tipo de personalidad que refleja rigidez, tradicionalismo y tendencia a tomar pocos riesgos, interactuó con el temperamento del niño para pronosticar la seguridad del apego. Una

baja represión materna pronosticó un apego seguro en niños con tendencia al malestar; mientras que la represión materna, tanto alta como baja, no se relacionó con el apego en niños que no manifestaron tendencia al malestar. En este sentido, es esperable que sólo una pauta educativa flexible y abierta pueda fomentar una buena relación de apego en niños altamente irritables, dado que el manejo de las situaciones para estos niños es extremadamente complicado.

En la misma línea, otro estudio longitudinal de 48 niños y sus madres encontró que la irritabilidad del recién nacido interactuaba con el apoyo social de la madre, pronosticando la seguridad del apego al año de vida (Crockenberg, 1981). En concreto, las madres que informaron de bajos niveles de apoyo social era más probable que tuvieran niños con apego inseguro, pero sólo cuando estos niños fueron irritables de recién nacidos. Este dato corrobora los resultados del estudio anterior, que concluye que los niños con tendencia al malestar necesitarían una mayor flexibilidad educativa y una mayor cantidad de recursos para establecer relaciones seguras con sus madres.

En relación a los problemas de tipo internalizante durante los primeros años de vida, Rubin, Burgess y Hastings (2002) encontraron una fuerte asociación entre altos niveles de inhibición a los 2 años y alta frecuencia de conductas de negación a los 4 años, pero sólo cuando la pauta educativa materna se caracterizaba por un alto nivel de control intrusivo y una alta frecuencia de comentarios irónicos o desdeñosos. Según estos autores, las madres con este tipo de estilo socavan el desarrollo de la competencia y la independencia en niños vulnerables, no permitiendo ni favoreciendo oportunidades adecuadas para poner en práctica y mejorar sus habilidades sociales.

En otro estudio sobre temperamento, estilo educativo y ajuste en la infancia se analizaron problemas de tipo internalizante. En concreto, Park, Belsky, Putnam y Crnic (1997) encontraron que los niños de 1 año con alta emocionalidad negativa fueron evaluados como menos inhibidos a la edad de 3 años sólo cuando los padres mostraron alta frecuencia de afectividad negativa. En definitiva, estos resultados coinciden en resaltar el hecho de que los niños con alta emocionalidad negativa se benefician de estilos educativos más restrictivos en relación a su ajuste posterior. No obstante, Early, Rimm-Kaufman, Cox y Saluja (1999) encontraron resultados contradictorios en este sentido. Según estos autores, un estilo educativo positivo (más afectuoso, menos restrictivo) pronosticó una menor inhibición social en niños considerados emocionalmente negativos.

Gallagher (2002) intenta dar una explicación para este patrón de resultados. Según esta autora, es posible que cuando la crianza fue menos flexible los niños negativos tiendan a aferrarse menos a los padres y demostrar así menos miedo e inhibición en las situaciones sociales en las que los padres están presentes. Por el contrario, también es posible que ante padres sensibles los niños considerados miedosos puedan posteriormente sentirse más seguros y mostrarse menos inhibidos en presencia de iguales y situaciones nuevas. Al-

ternativamente, el ajuste del niño puede reflejar algún aspecto del modelo de trabajo de apego. Cuando los padres fueron intrusivos con niños negativos, la falta de inhibición con los padres en el laboratorio podría estar indicando una relación de apego evitativo. Para los niños inhibidos cuyos padres fueron sensibles, una menor inhibición en ambiente novedoso puede ser debida a una relación de apego segura. Está claro que hace falta una mayor investigación, incluyendo replicación, para entender estas discrepancias.

En el polo externalizante, Stanhope (1999) investigó la interacción del temperamento del niño y la disciplina paterna en relación al comportamiento prosocial. Este autor encontró que la disciplina de bajo control por parte de los padres se relacionó con una mayor frecuencia de conductas prosociales de "compartir", pero sólo en niños con alta emocionalidad negativa. Como Kochanska, Stanhope planteó que el bajo control parental ayudó a los niños miedosos a desarrollar conductas prosociales con sus iguales, al mantener bajos sus niveles de ansiedad.

Por otro lado, la mayor cantidad de estudios que analizan los efectos interactivos de la crianza y temperamento sobre el ajuste se aglutinan en el período escolar y de la adolescencia. Durante esta etapa, los chicos gastan gran cantidad de tiempo en ambientes no familiares, lo que incrementa las expectativas sobre la habilidad del niño para interactuar socialmente. Un mal ajuste en este período evolutivo se manifiesta a nivel externalizante en conductas de tipo agresivo, y a nivel internalizante en conductas de evitación, timidez y depresión. La investigación sobre la socialización parental a menudo se centra en la disciplina, medida a través de implicación de los padres, consistencia de seguimiento o control, y rigidez (Gallagher, 2002).

En un estudio sobre los problemas de ajuste experimentados por una muestra de 231 niños de padres divorciados (Lengua, Wolchik, Sandler y West, 2000) se encontró que un estilo parental de rechazo (baja afectividad) se asoció de forma significativa con problemas de ajuste posterior, tanto en niños con altos niveles de impulsividad, como en niños con bajos niveles de emocionalidad positiva. En respuesta a un estilo educativo negativo, por tanto, la impulsividad sería un factor de riesgo para expresar problemas posteriores de ajuste, mientras que la emocionalidad positiva actuaría como un factor protector de un mal ajuste posterior.

Blackson, Tarter, y Mezzich (1996) exploraron la interacción concurrente entre disciplina parental y temperamento en relación a conductas externalizantes e internalizantes. Estos autores encontraron que cuando los padres usaron disciplina negativa (alto control y baja afectividad), la conducta externalizante era más frecuente en niños con temperamento difícil que en los niños no difíciles. La interacción entre temperamento y disciplina también pronosticó los problemas internalizantes, y así la disciplina negativa pronosticó depresión sólo en los niños con temperamento difícil. Los autores concluyeron que los niños con temperamento difícil era más probable que elicitaran una crianza severa y negativa y perpetuando de esta manera un mal ajuste en el

niño. No obstante, los resultados siguen siendo contradictorios en este sentido, como veremos a continuación.

En otro estudio con chicos preadolescentes, Colder, Lockman, y Wells (1997) informaron de numerosas interacciones entre el estilo educativo y el temperamento del niño. Así, niveles más bajos de control parental se asociaron a mayores niveles de agresividad en niños con alto nivel de actividad, pero no en niños con niveles medios o bajos de nivel de actividad. Otra de las características relacionadas con el estilo de crianza, la disciplina severa, pronosticó los niveles de agresividad en niños con niveles medios o altos de miedo, pero no en niños con bajo miedo. La severidad en la disciplina también pronosticó depresión, pero sólo en niños con niveles altos de miedo. En este estudio se observa, por tanto, que un bajo nivel de implicación parental (bajo control) es más negativo en niños con altos niveles de actividad, mientras que una excesiva implicación parental (disciplina severa) es más negativa en niños con altos niveles de miedo. Esto confirmaría resultados comentados previamente sobre que los niños con altos niveles de actividad necesitarían ambientes educativos más restrictivos, mientras que los niños miedosos necesitan menores niveles de control y estilos de interacción menos severos para su adecuado desarrollo social.

Por último, en un estudio de Bates, Petit, Dodge, y Ridge (1998) se obtuvieron datos de dos muestras longitudinales, para explorar la interacción entre el estilo educativo materno y las características temperamentales del niño en relación a los problemas externalizantes. Estos autores encontraron que un bajo control restrictivo por parte de la madre pronosticó un mayor comportamiento externalizante, pero sólo cuando los niños tuvieron una alta resistencia al control. Un alto control restrictivo por parte de la madre pronosticó un bajo nivel de conducta externalizante en niños con alta resistencia de control, pero no en niños con baja resistencia al control. La resistencia al control se definiría como el conjunto de conductas por parte del niño que ignoran los intentos de los padres por detener o redirigir su conducta. En ambos casos, el temperamento negativo fue más permeable a las influencias de la socialización parental que el temperamento no negativo. La crianza materna que fue más alta en control pronosticó un mejor ajuste en niños muy resistentes al control. Bates y cols concluyeron, por tanto, que un mayor control materno ayuda a los niños resistentes a desarrollar controles internos.

Referencias

- Ainsworth, M. D. S., Blehar, M. C., Waters, E., & Wall, S. (1978). *Patterns of attachment: A psychological study of the strange situation*. Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Ato, E., Carranza, J.A., González, y Galián, M.D. (2005). Reacción de males-tar y autorregulación emocional en la infancia. *Psicothema*, 17(3), 375-381.
- Ato, E., González, C., Carranza, J.A., y Ato, M. (2004). Malestar y conductas de autorregulación ante la Situación Extraña en niños de 12 meses de edad. *Psicothema*, 16(1), 1-16.
- Baron, R. M. y Kenny, D. A. (1986). The moderator-mediator variable distinction in social psychological research: Conceptual, strategic, and statistical considerations. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, 1173-1182.
- Bates, J., Pettit, G., y Dodge, K. (1995). Family and child factors in stability and change in children's aggressiveness in elementary school. En J. McCord (Ed.), *Coercion and punishment in long-term perspectives* (pp.124-138). New York: Cambridge University Press.
- Bates, J.E. (1987). Temperament in infancy. En J.D. Osofsky (Ed.), *Handbook of infant development*, 2nd ed. New York: Wiley.
- En base a estos hallazgos, es difícil establecer conclusiones claras sobre la forma en que interactúan estilos educativos y temperamento en relación al desarrollo social del niño. Parece que los niños con características temperamentales negativas son más susceptibles al control parental en relación a los patrones de ajuste. En este sentido, el control parental interactúa con las características negativas del niño para reducir la potencial expresión de la conducta negativa en momentos posteriores de su desarrollo. Al contrario que los resultados de Blackson y Colder, un alto control parental ha pronosticado en la mayoría de los estudios resultados más positivos en el ajuste del niño con características temperamentales "negativas". En cualquier caso, en lo que parecen coincidir todos los estudios es en que los niños temperamentales difíciles necesitan una mayor cantidad de tiempo y de recursos para alcanzar un adecuado desarrollo social (Schwebel, Brezausek, Ramey, y Ramey, 2004). Por el contrario, la dimensión de miedo se asocia a un mejor ajuste en relación con estilos de crianzas menos severos, donde hay menos control y un mayor número de respuestas de tipo afectivo. Según Kochanska (1995) los niños más miedosos necesitan de sus padres conductas suaves con el fin de no exceder sus niveles de ansiedad. En cualquier caso, lo que si parece probado es que la emocionalidad positiva actúa como factor protector, favoreciendo el ajuste de forma independiente al estilo de crianza desarrollado por los padres.
- En definitiva, los estudios realizados hasta el momento ofrecen resultados contradictorios sobre los efectos interactivos de crianza y temperamento sobre el ajuste social. Muchos de estos resultados contradictorios podrían estar explicados por el uso de diferentes tipos de medidas de los estilos de crianza y el temperamento del niño. Es muy posible que en la evaluación de constructos como severidad, control o afecto, se estén analizando conductas diferentes en cada estudio. Se hace necesario, por tanto, un mayor número de estudios que repliquen las medidas y el diseño experimental de los estudios previos. Además, es importante tener en cuenta variables como la etapa evolutiva en la que se encuentra el niño y características como el género del niño, y los recursos económicos o la personalidad de los padres, entre otros. Por último, existen aún pocos estudios que evalúen la emocionalidad positiva como dimensión de temperamento en interacción con el estilo de crianza en el pronóstico del desarrollo social del niño.

- Bates, J.E., Maslin, C. A. y Frankel, K. A. (1985). Attachment security, mother-child interaction and temperament as predictors of behavior problem rating at age three years. En I. Bretherton & E. Waters (Eds.), *Growing points of attachment theory and research. Monographs of the Society for Research in Child Development*, 50(1-2, Serial N° 209), 167-193.
- Bates, J.E., Pettit, G.S. y Dodge, K.A., y Ridge, B. (1998). Interaction of temperamental resistance to control and restrictive parenting in the development of externalizing behavior. *Developmental Psychology*, 34, 982-995.
- Baumrind, D. (1979). The development of instrumental competence through socialization. *Comunicación presentada en el "Minnesota symposia on child psychology"*, Minneapolis.
- Belsky, J., Fish, M. e Isabella, R. (1991). Continuity and discontinuity in infant negative and positive emotionality: family antecedents and attachment consequences. *Developmental Psychology*, 27, 421-431.
- Berger, K.S. (2004). *Psicología del desarrollo: Infancia y adolescencia*. Madrid: Panamericana.
- Bermejo, F., González C., y Ruiz, C. (2000). El papel de la emocionalidad y la autorregulación en las relaciones entre iguales. *Poster presentado en el IX Congreso INFAD Infancia y Adolescencia*, Cadiz.
- Blackson, T. C., Tarter, R. E. y Mezzich, A. C. (1996). Interaction between childhood temperament and parental discipline practices on behavioral adjustment in preadolescent sons of substance abuse and normal fathers. *American Journal of Drug and Alcohol Abuse*, 22, 335-348.
- Bronfenbrenner, U. y Morris, P. A. (1998). The ecology of developmental processes. En W. Damon, & R. M. Lerner (Eds.), *Handbook of Child Psychology* (pp 993-1028). EE.UU: John Wiley & Sons, Inc.
- Buss, A. y Plomin, I. (1984). *Temperament: Early developing personality traits*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Caspi, A. (2000). The child is father of the man: personality continuities from childhood to adulthood. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 158-172.
- Ceballos, E., y Rodrigo, M.J. (1998). Las metas y estrategias de socialización entre padres e hijos. En M.J. Rodrigo y J. Palacios (Eds.), *Familia y desarrollo humano* (pp.225-243). Madrid: Alizanza.
- Chess, S., y Thomas, A. (1989). Issues in clinical application of temperament. En G.A. Kohnstamm, J.E. Bates y M.K. Rothbart (Eds.), *Temperament in childhood* (pp.377-403). New York: Wiley.
- Colder, C. R., Lochman, J. E., & Wells, K. C. (1997). The moderating effects of children's fear and activity level on relations between parenting practices and childhood symptomatology. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 25, 251-263.
- Cowan, P. A., Powell, D., & Cowan, C. P. (1998). Parenting interventions: A family systems perspective. In W. Damon, I. Sigel & K. A. Renninger (Eds.), *Handbook of child psychology: Child psychology in practice* (Vol. 4, pp. 3-72). New York: Wiley.
- Crockenberg, S. B. (1981). Infant irritability, mother responsiveness, and social support influences on the security infant-mother attachment. *Child Development*, 52, 857-865.
- Crockenberg, S.B., y Acredolo, C. (1983). Infant temperament ratings: A function of infants, or mothers or both?. *Infant Behavior and Development*, 6, 61-72.
- Early, D.M., Rimm-Kauffman, S.E., Cox, M.J. y Saluja, G. (1999). Predicting children's wariness in the transition to kindergarten. *Poster presentado en "Society for Research in Child Development"*, Albuquerque.
- Egeland, B., y Sroufe, L.A. (1981). Attachment and early maltreatment. *Child Development*, 52, 44-52.
- Eisenberg, N., Fabes, R.A., Guthrie, I.K. y Reiser, M. (2000). Dispositional Emotionality and Regulation : Their Role in Predicting quality of Social Functioning. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 136-157.
- Frick, P.J. (1994). Family dysfunction and the disruptive behavior disorders: A review of recent empirical findings. En T.H. Ollendick y R.J. Prinz (Eds.), *Advances in Clinical Child Psychology* (Vol.17, pp.203-226). New York: Plenum.
- Gallagher, K.C. (2002). Does child temperament moderate the effect of parenting on adjustment? *Developmental Review*, 22, 623-643.
- Goldsmith, H., Buss, A., Plomin, R., Rothbart, M.K., Thomas, A., Chess, S., Hinde, R.A. y McCall, R.B. (1987). Roundtable: What is temperament? Four approaches. *Child Development*, 58, 505-529.
- Grolnick, W.S., Bridges, L.J. y Connell, J.P. (1996). Emotion Regulation in Two-Year-Olds: Strategies and Emotional Expression in Four Contexts. *Child Development*, 67, 928-941.
- Grolnick, W.S., Kurowski, C.O. y McMenemy, J.M. (1998). Mothers' Strategies for Regulating Their Toddlers' Distress. *Infant Behavior and Development*, 21, 437-450.
- Hemphill, S. y Sanson, A. (2001) Matching parenting with child temperament. *Family Matters*, 59, 42-77.
- Hinde, R.A. (1989). Temperament as an intervening variable. En G.A. Kohnstamm, J.E. Bates y M.K. Rothbart (Eds.), *Temperament in childhood* (pp. 27-33). New York: Wiley.
- Hyde, J. S., Else-Quest, N. M., Goldsmith, H. H. y Biesanz, J. C. (2004). Children's temperament and behavior problems predict their employed mothers' work functioning. *Child Development*, 75, 580-594.
- Kagan, J. (1994) *Galen's Prophecy*. New York: Basic Books.
- Kochanska, G. (1995). Children's temperament, mother's discipline and security of attachment: Multiple pathways to emerging internalization. *Child Development*, 66, 597-615.
- Kochanska, G. (1997). Multiple pathways to conscience for children with different temperaments: From toddlerhood to age 5. *Developmental Psychology*, 33(2), 228-240.
- Krystal, J. (2005). *The Temperament Perspective*. Baltimore, MD: Brookes Publishing Company.
- Lengua, L. J. & Kovacs, E. A. (2005). Bidirectional Associations between Temperament and Parenting, and the Prediction of Adjustment Problems in Middle Childhood. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 26, 21-38.
- Lengua, L. J., Wolchik, S. A., Sandler, I. N. & West, S. G. (2000). The additive and interactive effects of temperament and parenting in predicting adjustment problems of children of divorce. *Journal of Clinical Child Psychology*, 29, 232-244.
- Lerner, R.M. (1998). Theories of human development: Contemporary perspectives. En W. Damon (Series Ed.), y R.M. Lerner (Vol.Ed.), *Handbook of child psychology: Vol.1. Theoretical models of human development* (pp.1-24). New York: Wiley.
- Linn, P.L. y Horowitz, F.D. (1983). The relationship between infant individual differences and mother-infant development during the neonatal period. *Infant behavior and development*, 6, 415-427.
- Maccoby, E. E., Snow, M. E. y Jacklin, C. N. (1984). Children's dispositions and mother-child interaction at 12 and 18 months: A short-term longitudinal study. *Developmental Psychology*, 20, 459-472.
- Maccoby, E., y Martín, J. (1983). Socialization in the context of the family: Parent-child interaction. En E.M. Hetherington (Ed.), *Handbook of child psychology. Socialization, Personality and Social Development* (Vol.4, pp.1-101). New York: John Wiley.
- Maccoby, E.M. (1980b). *Social development: Psychoogical growth and the parent-child relationship*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Malatesta, C.Z. y Haviland, J.M. (1982). Learning display rules: The socialization of emotion expression in infancy. *Child Development*, 53, 991-1003.
- Mangelsdorf, S., Gunnar, M. Kestenbaum, R., Lang, S. y Andreas, D. (1990). Infant proneness-to-distress temperament, maternal personality, and infant-mother attachment: Associations and goodness of fit. *Child Development*, 61, 820-831.
- Park, S., Belsky, J., Putnam, S. y Crnic, K. (1997). Infant emotionality, parenting, and 3-year inhibition: Exploring stability and lawful discontinuity in a male sample. *Developmental Psychology*, 33, 218-227.
- Patterson, G.R., Reid, J.B. y Dishion, T.J. (1984). Family interaction: A process model of deviancy training. *Aggressive Behavior*, 10, 253-257.
- Rice, P. (2000). *Adolescencia: Desarrollo, relaciones, y cultura*. Madrid: Prentice-Hall.
- Rothbart, M. K. (1989). Temperament and development. In G. A. Kohnstamm, J. A. Bates & M. K. Rothbart (Eds.), *Temperament in childhood* (pp. 187-247). New York: Wiley.
- Rothbart, M. K. y Jones, L. B. (1998). Temperament, self regulation, and education. *School Psychology Review*, 27, 479-491.
- Rothbart, M. K., Ahadi, S. A., Hershey, K. L. & Fisher (2001). Investigations of temperament at three to seven years: The Children's Behavior Questionnaire. *Child Development*, 72, 1394-1408.

- Rothbart, M.K. y Bates, J.E. (1998). Temperament. En N. Eisenberg (Ed.), *Social, emotional and personality development* (Vol.3, pp.105-176). New York: Wiley.
- Rothbart, M.K. y Derryberry, D. (1981). Development of Individual Differences in Temperament. In J.W. Fagen & J.Colombo (Eds.), *Advances in developmental psychology*, Vol. 1 (pp.37-86). Hillsdale, NJ:Erlbaum.
- Rubin, K. H. y Stewart, S. L. (1996). Social withdrawal in childhood. En E. Mash & R. Barkley (Eds.), *Child Psychopathology* (pp. 277-307). New York: Guilford Press.
- Rubin, K., Burgess, K. y Hastings, P. (2002). Stability and social-behavioral consequences of toddlers' inhibited temperaments and parenting behaviors. *Child Development*, 73, 483-495.
- Rutter, M. (1997). Clinical implications of attachment concepts. En L. Atkinson y K. J. Zucker (Eds.), *Attachment and psychopathology* (p.17-46). New York: Guilford.
- Sanson, A. & Rothbart, M. K. (1995). Child temperament and parenting. En M. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting*, (Vol. 4, pp. 299-321), Hillsdale, NY: Erlbaum.
- Sanson, A., Hemphill, S. & Smart, D. (2004). 'Connections between temperament and social development: a review'. *Social Development*, 13, 142-170.
- Schwebel, D.C., Brezausek, C.M., Ramey, S.L. y Ramey, C.T. (2004). Interactions Between Child Behavior Patterns and Parenting: Implications for Children's Unintentional Injury Risk. *Journal of Pediatric Psychology*, 29(2), 93 - 104.
- Sroufe, L. A. (1985). Attachment classification from the perspective of infant-caregiver relationships and infant temperament. *Child Development*, 56, 317-325.
- Stanhope, L.N. (1999). *Preschoolers' sharing as related to birth order, temperament and parenting styles*. Poster presentado en "Society for Research in Child Development", Albuquerque.
- Thomas, A. y Chess, S. (1977). *Temperament and development*. New York: Brunner/Mazel.
- van den Boom, D. C. (1989). Neonatal irritability and the development of attachment. In G. A. Kohnstamm, J. E., Bates, & M. K. Rothbart (Eds.), *Temperament in childhood* (pp. 219-318). Chichester, England: Wiley.
- van den Boom, D.C. y Hoeksma, J.B. (1994). The effect of infant irritability on mother-infant interaction: A growth curve analysis. *Developmental Psychology*, 30(4), 581-590.
- Wachs, T.D. (1991). Synthesis: Promising research designs, measures and strategies. En T.D. Wachs y R. Plomin (Eds.) *Conceptualization and measurement of organism-environment interaction*. Washington, DC: American Psychological Association.

(Artículo recibido: 22-5-2006; aceptado: 2-4-2007)